

¿Estás viviendo en el exilio?

1 Pedro 1:1-23

Tim Bermejo

Rezo para que la pregunta “¿Estás viviendo en el exilio?” nos haga reflexionar sobre cómo nos conducimos durante nuestra peregrinación en este mundo, porque vamos a sufrir dolor –durante algún tiempo– en todo tipo de pruebas. Por lo tanto, ¿qué necesitamos saber y practicar para que nuestra reacción al sufrimiento sea la correcta?

Algunos antecedentes de la primera carta de Pedro:

- Escrita para los exiliados, lejos de su hogar, experimentando dificultades y privaciones en la vida.
- Pedro mismo estaba en el exilio, escribiendo desde Roma (5:13), donde la tradición de la Iglesia dice que fue martirizado junto a otros cristianos por Nerón, alrededor del año 64 d. C., como chivos expiatorios por el incendio que destruyó parte de Roma.
- Estos eventos apuntan a que la epístola fue escrita alrededor del año 60 d. C.
- Los exiliados estaban dispersos por las provincias del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia (parte de lo que hoy es Turquía). El orden en el que se nombran esas provincias puede indicar la ruta tomada por el mensajero que entregó la carta, probablemente Silas (1 P. 5:12).

En esta primera epístola del apóstol Pedro hay varios temas. Vamos a centrar nuestros pensamientos en dos de ellos:

Uno de los temas principales es el **sufrimiento**, lo cual no sorprende, considerando que fue escrita para los exiliados (peregrinos, extranjeros...), que eran nuevos en la fe: *“desead con ansias la leche pura de la palabra, como niños recién nacidos. Así, por medio de ella, creceréis en vuestra salvación”* (1 P. 2:2). Pedro les envía un mensaje de aliento destinado a recordarles que ellos eran el pueblo escogido de Dios (1:2 & 2:9) –separados por Dios con un propósito específico, y que su sufrimiento era una prueba temporal y también con un propósito particular.

La otra notable característica de esta epístola es que está **centrada en Cristo** –el apóstol se refiere a nuestro Señor veinte veces en cinco capítulos cortos: dirige nuestra atención constantemente hacia nuestro Señor, que es nuestra salvación.

Aquí tenemos la lista de versículos que se refieren al sufrimiento de los exiliados a los que Pedro escribe (1:6, 2:12 & 19-20, 3:14 & 17, 4:12-13, 16 & 19, 5:9-10), y los que se refieren solamente al

sufrimiento de nuestro Señor (1:11 & 19, 2:21 & 23, 3:18, 4:1 & 13, 5:1). Vemos que se hace referencia al sufrimiento en cada capítulo.

Mi objetivo esta mañana es tomar estos dos temas (sufrimiento en el exilio y lo que el Señor ha hecho por nosotros) para ver, a un nivel básico, cómo ambos se relacionan entre sí, produciendo un impacto en nuestra forma de pensar y en cómo vivimos nuestra vida de exiliados, porque eso es lo que somos, 'extranjeros y peregrinos en la tierra', 'residentes temporales' cuyo verdadero hogar está en el cielo (1 P. 1:1 & 4; Heb. 11:13-14).

Cuando nos acercamos al tema del sufrimiento, lo hacemos con mucho cuidado, porque es un tema profundamente personal y emocional que puede remover todos los cimientos de nuestra existencia, incluso nuestra fe. Así pues, que Dios nos hable individualmente, de acuerdo con nuestras propias circunstancias y necesidades en relación con nuestro sufrimiento personal.

Primero, vamos a centrar nuestra atención en el tema del “sufrimiento”, del que se habla constantemente durante toda la epístola. Los lectores de Pedro pasan por un tiempo de dificultad; muchos estudiosos de la Biblia creen que la variedad de sus sufrimientos tiene que ver con la exclusión social o el acoso general, y no a una persecución instigada por las autoridades, la cual se desataría con fuerza en el siglo II y alcanzaría su nivel más alto en el siglo III y principios del siglo IV. Esta carta no menciona la persecución *per se*, aunque llegaría al Asia Menor alrededor de los años 90-96 d. C. En lugar de una persecución oficial, Pedro se refiere al sufrimiento que proviene de un entorno hostil, de una sociedad hostil en la que viven como extranjeros, como exiliados (“**diversas pruebas**” 1:6; “**aunque os acusen de hacer el mal**” 2:12; “**se soporten las penalidades, aun sufriendo injustamente**” 2:19; “**se avergüencen de sus calumnias**” 3:16). Podemos imaginar la vida de esas personas, tal vez relegadas y al margen de la sociedad, inadaptadas y vistas como una amenaza para los demás, lo cual es solo una expresión de las muchas formas de sufrimiento que implica vivir en un mundo caído.

Pero Pedro también se refiere al sufrimiento como una experiencia común que debe considerarse como el destino que se puede esperar de todo cristiano (“**no os extrañéis del fuego de la prueba que estáis soportando**” 4:12, “**alegraos de tener parte en los sufrimientos de Cristo**” 4:13, y “**Pero si alguien sufre por ser cristiano, que no se avergüence, sino que alabe a Dios por llevar el nombre de Cristo**” 4:16, y “**vuestros hermanos en todo el mundo están soportando la misma clase de sufrimientos**” 5:9).

El sufrimiento, por lo tanto, es la *experiencia común* de cada ser humano que vive en un mundo caído. Pero los cristianos tenemos una fuente adicional de sufrimiento, la que resulta de nuestra identificación con nuestro Señor. De ello se deduce, por lo tanto, que nosotros los cristianos no estamos exentos de ninguno de los dos tipos de sufrimiento, porque nuestro Señor sufrió y nosotros debemos esperar que también seamos maltratados y burlados. Estaríamos equivocados si esperásemos vivir una vida protegidos de todo tipo de peligros y sufrimiento simplemente porque somos cristianos, porque somos seres humanos que vivimos en un mundo caído y, por lo tanto, estamos expuestos a sus muchas formas de sufrimiento, ya sean enfermedades, accidentes, o los efectos de las acciones de otros sobre nosotros (prejuicios, abusos y discriminación hacia exiliados e inmigrantes, etc.).

Este es el mundo injusto en el que habitamos, pero aun cuando lo aceptamos como parte de la vida, muchas veces, lamentablemente, nuestra naturaleza humana toma protagonismo y empezamos a

quejarnos: ¿Por qué tengo que pasar por esto?, ¿Por qué esto me tiene que pasar a mí?, ¿Por qué Dios lo permite? Obviamente, no es ningún consuelo para quien sufre el simple hecho de saber que le esperan circunstancias difíciles y dolorosas en su vida.

Esto, por supuesto, plantea varias preguntas, porque cuando nos enfrentamos cara a cara con el lado más oscuro de la vida (dolor, enfermedad, injusticias, relaciones rotas, muerte prematura de seres queridos, por mencionar solo algunos) que sacude nuestro pequeño mundo y nos hace ir en busca de refugio, ¿qué es lo que se mantiene firme en medio de todas las incertidumbres de la vida? ¿Qué permanece inalterable a nuestro alrededor frente a circunstancias cambiantes, desafiantes, difíciles e injustas que nos dejan perplejos, que nos hacen tambalear, que nos derriban e incluso sacuden nuestra fe? **¿A dónde acudimos?**

Pedro tiene esta pregunta en mente cuando escribe a los exiliados que viven en una sociedad hostil –producto de un mundo caído– y por tanto sujetos a lo que conlleva: sufrir el rechazo de quienes los rodean, ser excluidos, probablemente ser vistos como una molestia, incluso como una competencia, y todo ello afectando posiblemente a su salud. En pocas palabras, están a merced de lo que otros les hacen y a merced del lado más oscuro de la vida.

En contraste con lo que otros les están haciendo y lo que la vida les ofrece, ¡el apóstol Pedro les recuerda lo que el Señor ha hecho y está haciendo por ellos y por nosotros! Hay tres aspectos que deseo resaltar:

1. Qué ha hecho el Señor por mí: ME ha rescatado (versículo 18).

Por favor, fíjate en lo que Pedro **NO dice**, y que tal vez hubiéramos deseado que dijera:

- **No dice** que somos rescatados de la condenación: ***“Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús”*** (Ro. 8:1).
- **No dice** que somos rescatados del poder del pecado: ***“Sabemos que nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado; porque el que muere queda liberado del pecado”*** (Ro. 6:6-7).
- **No dice** que somos rescatados del *dominio de la oscuridad*: ***“Él nos libró del dominio de la oscuridad y nos trasladó al reino de su amado Hijo”*** (Col. 1:13).

Todo lo anterior es cierto, por supuesto, pero lo que Pedro está diciendo es que el Señor nos ha rescatado de “la vida absurda”. Antes de detenernos en esto, pasemos primero un momento al siguiente punto.

2. Cómo me rescató Él: “con la preciosa sangre de Cristo” (versículo 19).

Un ejemplo podría ayudarnos a empezar a entender qué significa esto. ¿Qué dirías si yo te ofreciera venderte mi muy básico smartphone por 5.000€? Seguro que rechazarías la oferta, porque lo que pagas debe ser proporcional al valor del artículo. Entonces, imagina el valor que tienes para tu Creador, que Él diera Su vida para que tú pudieras vivir.

Cuando en nuestra desesperación y dolor cuestionamos la razón de nuestro sufrimiento o, como hizo el rey David, nos impacientamos con Dios exigiéndole que rompa su silencio y nos responda, meditemos y captemos la inmensa dimensión del amor de Dios por nosotros: ***“Nadie tiene amor más grande que el dar la vida por sus amigos”*** (Jn. 15:13). Debemos acudir a Él, porque él se

preocupa, está a nuestro lado y es consciente de nuestra situación. ***“Depositad en él toda ansiedad, porque él cuida de vosotros”*** (1 P. 5:7). Solo podemos encontrar consuelo en Él, el que ***“cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores”*** (Is. 53:5 & Mt. 8:17). Y no es solo nuestra vida la que es invaluable, nuestra fe también lo es (v. 7), por lo que Él también cuidará de ella, como vamos a ver ahora.

3. ¿De qué nos ha rescatado?: *“de la vida absurda”* (versículo 18).

Antes de seguir adelante, permitidme un ejemplo. Nueva Luz es un ministerio cristiano evangélico que brinda asistencia espiritual a las personas ciegas y con discapacidad visual, por medio de la Biblia en braille y material en audio (Biblia, libros y revistas cristianas, etc.). Lo inició un hermano cristiano y líder de una de las iglesias evangélicas aquí, en Madrid. Debido a un accidente y después de muchas operaciones en los ojos por desprendimiento de retina, quedó totalmente ciego. Pasó por un período de confusión, amargura, desesperación, dolor profundo, y por un tiempo en el que cuestionó al Señor. (Esto es parte del necesario proceso de duelo, que debe ser respetado y tratado con gran sensibilidad por quienes rodean al que sufre). Cuando el Señor lo consideró oportuno le envió un hermano misionero con un mensaje, que básicamente era “ya es tiempo de cambiar tu forma de pensar”.

Esto es exactamente lo que Pedro dice en este pasaje que estamos viendo esta mañana, ¿te has fijado? Sí, es cierto, hemos sido rescatados de la condenación, del poder del pecado, del dominio de las tinieblas, por mencionar solo algunas cosas, pero lo que Pedro está diciendo específicamente aquí es: ***“rescatados de la vida absurda”***... lo que incluye ser rescatados de nuestros patrones de pensamiento humanos profundamente arraigados que no contribuyen a nuestro proceso de salvación.

Volvamos al ejemplo anterior. El misionero le dijo al hermano ciego: Deja de preguntarte “¿POR QUÉ?” y pregúntale a Dios “¿PARA QUÉ?” Pregúntale cuál es el propósito de quedarte ciego.

Esto es lo que Pedro está diciendo. Observa el versículo 6 y cómo fluye hacia el versículo 7: ***“Esto es para vosotros motivo de gran alegría, a pesar de que hasta ahora habéis tenido que sufrir diversas pruebas por un tiempo. El oro, aunque perecedero, se acrisola al fuego. Así también vuestra fe, que vale mucho más que el oro, al ser acrisolada por las pruebas demostrará que es digna de aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo se revele.”*** ¿Te has dado cuenta? Esto es el ***“¿PARA QUÉ?”***. Me refiero a la prueba de la fe, para poder ver cuán *genuina* es, para saber dónde necesita *profundizarse y fortalecerse*, e incluso determinar si se está desviando.

La forma de pensar de nuestro hermano ciego cambió radicalmente, del “¿POR QUÉ?” al “¿PARA QUÉ?”, y nació el ministerio Nueva Luz para personas ciegas y con discapacidad visual, sirviendo aquí en España y en países de Hispanoamérica. Nueva Luz la llamó; habiendo pasado por un tiempo de duelo con el Señor a su lado, su oscuridad física se convirtió en un ministerio de luz espiritual en beneficio de los demás. Vaya cambio en su manera “absurda” de pensar.

Cuando pasamos por sufrimientos y pruebas, en última instancia solo podremos encontrarles sentido en el contexto de nuestra salvación.

A. Por un lado, en el contexto del **inmenso amor que Cristo** tiene por nosotros –somos preciosos para Él, y Él es la fuente de todo consuelo: ***“Alabado sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras***

tribulaciones para que, con el mismo consuelo que de Dios hemos recibido, también nosotros podamos consolar a todos los que sufren.” (2 Co. 1:3-4).

B. Por otro lado, el sufrimiento tiene un propósito en nuestra salvación, que es probar la autenticidad de nuestra fe:

- ¿Está respondiendo como debería?
- ¿Está cumpliendo las especificaciones que se esperaban?
- ¿Necesita mejorar?
- ¿Está fomentando una relación más profunda con el Señor?
- ¿Está preparada para el propósito de servir al Señor? ¿Te fijaste en el “para que” del versículo citado anteriormente? El consuelo que recibimos de Dios en todas nuestras aflicciones tiene también el propósito de permitirnos ser un consuelo para los demás. Este fue el resultado de la prueba por la que pasó nuestro hermano ciego, porque Nueva Luz ayudó a miles de personas en su propia ceguera.

Es parte del proceso de nuestra salvación ejercer nuestra fe a medida que avanzamos en la vida, y hacerlo de una manera muy práctica: confiando y descansando en nuestro Señor en medio de las múltiples circunstancias y experiencias de la vida, ¡incluido el sufrimiento! Pero no es fácil, ¿verdad? Me identifico mucho con el padre de la historia registrada en el evangelio de Marcos, capítulo 9. Su hijo sufre mucho de lo que parece ser epilepsia, y Jesús dice: ***“Para el que cree, todo es posible”***, a lo que el padre responde, con una honestidad impactante: ***“¡Sí creo! ¡Ayúdame en mi poca fe!”*** ¿No es esa nuestra propia experiencia? ¡Necesitamos llevar nuestra fe a los aspectos prácticos de la vida, más allá de la dimensión intelectual!

Terminamos con una variación del título en cuestión: Vivimos en el exilio porque somos residentes temporales de la tierra, pero ciudadanos del cielo; así que, ¿estamos viviendo **como** exiliados? ***“No os amoldéis al mundo actual, sino sed transformados mediante la renovación de vuestra mente. Así podréis comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta”*** (Ro. 12:2).

Dios usa las aflicciones para fortalecer nuestra fe: purifican nuestro corazón, aumentan nuestro amor por nuestro Señor Jesucristo, profundizan nuestra dependencia de Él, fortalecen nuestra esperanza en sus muchas y preciosas promesas, y aumentan nuestra fe en Su Palabra.

Que el Señor nos hable individualmente de acuerdo con nuestras circunstancias y necesidades particulares.